

# Los dados al aire en El amor incluso

ERIDANIA GONZÁLEZ TREVIÑO

El amor, hoy tan aparentemente desdeñado, innecesario, tan fuera de moda, tan cerca del hielo y tan lejos del fuego, se muere de angustia y quiere salir. Somos a veces tan absurdos, que libramos una encarnizada lucha interna en contra del amor: hoy no te digo que te amo, porque no vaya a ser el diablo. Hoy que te amo más que nunca y más que a nadie, no voy a decirte que te amo y mira que en verdad te amo, te amo tanto que me hago agua cada vez que te amo. Qué difícil es decir “te amo”. Y así nos reservamos no sé para qué, y así nos contenemos, no sé por qué. Por miedo quizá, pero ¿no se trata el amor de un juego de azar? Por supuesto, los dados en el aire aún no deciden quién vencerá. ¿Importa acaso el triunfo si mientras los cubos levitan nosotros flotamos a la par?

Así es *El amor incluso*, fragmentos de esas lanzadas al aire en las que todo pasa, los vuelos y las caídas están a la orden del día, del verso, de la estrofa o del poema total. El sujeto lírico nos lleva de la mano por un iluminado camino de las más hermosas imágenes poéticas amorosas, esperanzadoras, para, de pronto, arrebatarnos la ilusión —¡oh ilusos enamorados!— y recordarnos



Félix Suárez, *El amor incluso*, Guadalajara, Mantis Editores/Homérica Editores/Casas del Poeta, 2011.

que los dados tocarán el suelo, y con estridente amplificado sonido nos marcarán la conclusión: sí, nada en este mundo es eterno.

Enfrentarse a la lectura de un texto, ya sea lírico o narrativo, cuyo tema central y único es el amor en todas sus formas, tiene la capacidad de hacer de aquel que rechaza a cada instante la existencia de esta enfermedad, un consagrado enamorado. Qué importa cuántas veces nos toque ser víctimas del vacío en el pecho, el amargo nudo en la garganta, las fáciles lágrimas por minuto que nos causa un abandono, una mirada indiferente o, peor, la omisión de esa mirada, el desamor como tal, la eterna espera, si de recompensa la vida nos ofrece instantes de intenso frenesí, elevada temperatura corporal y taquicardias involuntarias.

Hoy —y siempre— el amor está tan a la mano, que en efecto parece una enfermedad de la que hay que huir despavoridos, no se nos vaya a pegar. Pero ¿para qué dejarlo guardado?, ¿para qué nos

curamos de amor si nos podemos enamorar una y otra vez, y nos podemos desencantar tantas veces más, para así, volver a empezar?

Esto ustedes lo habrán de confirmar, seguro con resignación y varios suspiros de amor y desamor, en *El amor incluso*, que contiene en cada palabra momentos de nuestra larga o corta —qué más da— trayectoria amorosa. ¿Quién no se ha enamorado alguna vez en su vida?, ¿quién no ha formado parte de las filas de aquellos a quienes vemos, dice en la introducción del poemario, “a veces como nimbados por la luz [...] [o] flotar de pronto ante nuestros ojos, vivir casi sin aire, casi sin pan. Sin agua casi. Arrobados día y noche en el misterio y la revelación altísima del cuerpo amado?” (p. 12)<sup>1</sup> o, peor aún, ¿quién no ha sido víctima de la insistente persecución de sus padres, sus hermanos y amigos que escandalizados se preguntan cómo es posible estar así de enamorado?, como si ellos nunca lo hubieran estado. “El amor es un asunto sin resolver”, afirma Juan Domingo Argüelles en un artículo de *La Jornada Semanal* respecto de *El amor incluso*.

Mi intención es explicarme en voz alta (y en silencio también), por qué no está de más un poema de amor, por qué Félix Suárez debe escribir más poemas de amor, por qué está bien que el amor, incluso,

1 Las citas corresponden a *El amor incluso*, de Félix Suárez, por lo que aquí y en adelante sólo se indicará el número de página respectivo.

sea un pasajero en aquel expreso que corre hacia la muerte.

*El amor incluso* rescata, más que al amor, al lenguaje que lo enuncia, porque

el discurso amoroso es hoy de una extrema soledad. Es un discurso tal vez hablado por miles de personas (¿quién lo sabe?), pero al que nadie sostiene; está completamente abandonado por los lenguajes circundantes: o ignorado, o despreciado, o escarnecido por ellos, separado no solamente del poder sino también de sus mecanismos (ciencias, conocimientos, artes) (Barthes, 2009: 11).

Este sentimiento, el del amor, “común, trivial, conmovedor a veces y acaso hasta nocivo” (p. 11), encuentra su expresión, más allá de lo corpóreo, únicamente en el lenguaje, si es que obedecemos a la oración que dicta: “si lo sabe Dios que lo sepa el mundo”.

Este amor se manifiesta en figuras, pero no en el sentido retórico “más bien en sentido gimnástico o coreográfico” (Barthes, 2009: 13), ejemplo de este baile o puesta en escena espiritual está en “Abrasados”, uno de los poemas de *El amor incluso*: “Arden con piel y huesos / sobre el pabilo trémulo del día. / Las manos y los muslos enlazados, / las bocas ávidas, / convulsas” (p. 17), pura “epilepsia amorosa”, diría Argüelles.

Pero en su contenido, *El amor incluso* no sólo evoca aquella loca

convulsión; junto a aquellas emociones lascivas, pasionales o carnales expresadas en palabras que describen ferviente elasticidad física, está la contemplación, pero jamás en reposo. Así “Parte de guerra”: “Y yo, al otro lado de mi corazón, / entre una latitud de reinos / y dioses abolidos, / oía de noche, / oía muriendo, la lucha inútil, el combate ya perdido / de los ángeles del cielo” (p. 28).

*El amor incluso* es, como puede verse, un arrebatado de lenguaje, del lenguaje de lo imaginario —le llama Jacob Boheme—, el lenguaje original, paradisiaco, el espejo límpido de nuestros sentidos. El poeta enamorado pisa este terreno enloquecido, donde el lenguaje nunca es suficiente o, en ocasiones, es excesivo, porque nos inundamos en el yo lírico que nos revela cada sensación a flor del alma, a flor de piel:

Mientras me alojo suavemente en tus entrañas, / con los ojos cerrados lo comprendo: / todo lo que hacemos los hombres, / todas nuestras furias y batallas, / tienen acaso un mismo propósito final: volver al cuerpo amado, / yacer un día sin prisa, / humildemente, / en su interior (p. 19).

Esta lectura, intimista por supuesto, nos lleva con tumbos del amor al desamor, de lo osado a lo recatado, de la pasión al desencanto, de lo que se vive a lo que se añora, del deseo a la posesión, en *El amor incluso*, “la figura es el enamorado

haciendo su trabajo”, dice Barthes. El sujeto lírico, en el transcurso de 35 poemas, nos traduce, nos adivina de la manera más involuntaria, como si él fuera nosotros, como si nosotros fuéramos él, como si viviéramos en el mismo mundo del amor y el desamor. En realidad, el amor peca de sencillez, de facilidad. El amor es pura voluntad, a pesar de su inminente muerte: “Baja la niebla: / si me retiro un poco / desapareces. / Mas si me acerco, ahí / sigues. Así el amor” (p. 37).

La historia de amor contada en *El amor incluso* “es el tributo que el enamorado debe pagar al mundo para reconciliarse con él” (Barthes, 2009: 17). Por eso, y en palabras del filósofo francés, a partir de este instante los dejo en las cálidas y seguras hojas de este libro porque en él “es pues un enamorado el que habla y dice” (Barthes, 2009: 19).LC

## REFERENCIA

Barthes, Roland (2009), *Fragmentos de un discurso amoroso*, 17ª ed., México, Siglo XXI.

ERIDANIA GONZÁLEZ TREVIÑO. Licenciada en Derecho por la Universidad del Valle de Toluca, estudió la Licenciatura en Letras Latinoamericanas en la Universidad Autónoma del Estado de México. Fue coordinadora editorial de la revista web *Crónicas IPEF* y editora de “Cultura” en el periódico *Impulso*. En 2013 fue distinguida con la Presea Manuel Buendía Tellezgirón 2012 en el género de entrevista, otorgada por la Asociación de Periodistas del Valle de Toluca. Coordinó y compiló el texto de corte académico *Tradición y transgresión, aproximaciones a la poética de Josué Mirlo*. En la actualidad colabora en el Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.